

mente; levantaba al cielo sus grandes ojos azules y tristes, cortados como dos almendras en un rostro tostado por el sol; su cuello estaba cargado de abalorios y collares, artísticamente colocados para ocultar un tumor naciente. Con esta deformidad, mezclada á esta belleza, se hubiese dicho que era un ídolo de la India agachado cerca de su altar.—De repente se atraviesa una pradera, los bordes de la rambla se desvian, y se vé surgir bruscamente en la cima de una colina poblada una admirable ruina.

Ese scholss es el Reichenberg.

En él vivía, durante las guerras del derecho manual de la Edad Media, uno de los más temidos entre esos caballeros bandidos que se apellidaban ellos mismos *plagas del país landsschaden*. Bien podía la ciudad vecina lamentarse, bien podía el emperador citar al bandido blasonado á la Dieta del imperio; el hombre de hierro se encerraba en su albergue de granito, continuaba atrevidamente su orgía de omnipotencia y rapiña, y vivía excomulgado por la Iglesia, condenado por la Dieta y acorralado por el emperador, hasta que su barba blanca le llegaba al vientre.

Entré en el Reichenberg. En esa caverna de ladrones homéricos no quedan más que algunas escabiosas salvajes, la sombra desgarrada de las ventanas errante por los escombros, dos ó tres vacas que pacen la yerba de las ruinas, restos de un escudo de armas colocado encima de la puerta principal y mutilado por el martillo, y aquí y allá, á los piés del viajero, piedras separadas por el paso de los reptiles.

También visité, detrás de la colina del Reichenberg, algunas casuchas, hoy apenas visibles, de un pueblo que fué y se llama el *pueblo de los Barberos*.

Hé aquí lo que se cuenta respecto al pueblo de los Barberos:

El diablo, que quería á Federico Barbaroja á causa de las numerosas cruzadas que efectuó, tuvo un día la ocurrencia de cortar la barba. Esto, como se vé, era una verdadera broma magistral, muy propia tratándose de diablo á emperador. Arregló, pues, con una Dalila local no sé qué traicion inverosímil, por medio de la cual el emperador Barbaroja, al pasar por Bacharach, debía ser adormecido en dicho punto para despues ser afeitado por uno de los numerosos barberos de la ciudad. Ahora bien; Barbaroja, á datar de sus amores con la bella Gela, y siendo aun tan solo duque

de Suavia, estaba protegido por una vieja hada de la Wisper, que resolvió contrarrestar el poder del diablo. La hada, pequeñita, gruesa como una langosta, fué á buscar un gigante muy servicial con sus amigos y le rogó que le prestase su saco. El gigante consintió en ello y hasta se ofreció graciosamente á acompañar á la hada, ofrecimiento que ella aceptó. La hada pequeñita se animó bastante con este refuerzo; luego se dirigió á Bacharach en la misma noche que debía preceder al paso de Barbaroja, cogió uno por uno todos los barberos de la ciudad mientras dormían profundamente y los metió en el saco del gigante. Despues de hecha esta operacion, le dijo al gigante que se echase el saco á la espalda y lo llevase muy lejos, no importa dónde. El gigante, que á causa de la noche y de su bestialidad no habia visto nada de lo que habia hecho la vieja, la obedeció y se fué dando grandes zancadas con el saco á la espalda por aquellos lugares entregados á las dulzuras del sueño. Mientras tanto, los barberos de Bacharach, confundidos y aporreados los unos contra los otros, empezaron á despertarse y á rebullirse en el saco. El gigante comenzó á cobrar miedo y á doblar el paso. Como á la sazón pasaba por encima del Reichenberg y tuvo precision de levantar un poco la pierna para salvar la gran torre, uno de los barberos, que llevaba sus navajas de afeitar en el bolsillo del pecho, sacó una é hizo en el saco un ancho agujero, por el cual cayeron todos los barberos, bastante estropeados y magullados, en las malezas, lanzando espantosos gritos. El gigante creyó tener en su espalda un nido de diablos y se salvó á todo correr.

Al día siguiente, cuando el emperador pasó por Bacharach, no habia un solo barbero en el país, y como Belcebú llegó allí al mismo tiempo, un cuervo burlon, encaramado en la puerta de la ciudad, dijo al señor diablo:

—Amigo, amigo, en medio de la cara tienes una cosa muy gorda que no podrás ver ni aun en el mejor espejo, y es el palmo de narices que te han dejado.

Desde esta época no ha habido más barberos en Bacharach. Lo cierto es que hoy mismo no se halla á tres tirones un mancebo de barbería que tenga tienda.

En cuanto á los barberos escamoteados por la hada, se establecieron en el mismo sitio donde cayeron, y construyeron un pueblo que se llamó el *pueblo de los Barberos*. De esta manera es como el

emperador Federico I, llamado Barbaroja, conservó su barba y su apodo.

Además del Raton y el Gato, el Lurley, el Valle-Suizo y el Reichenberg, queda aun cerca de San Goar el Rheinfels, del que hasta el presente no te he dicho una palabra.

Toda una montaña agujereada por el interior, con crestas de ruinas en su cabeza; dos ó tres pisos de departamentos y de corredores subterráneos, que parecen haber sido excavados por topes colosales, inmensos escombros, salas desmesuradas, cuyas ojivas tienen cincuenta piés de abertura; siete calabozos con sus encierros llenos de un agua estancada que resuena, tendida y muerta, al choque de una piedra; el ruido de los molinos de agua en el pequeño valle que existe detrás del castillo, y por las grietas de la fachada el Rhin con algun buque de vapor, que, visto de esta altura, parece un grueso pescado verde con los ojos amarillos caminando á flor de agua y enderezado para llevar sobre su espalda hombres y carruajes; un palacio feudal de los landgraves de Hesse cambiado en enorme casucha; troneras de cañones y catapultas que se asemejan á esas jaulas de fieras de los viejos circos romanos, donde la yerba brota; en algunos parajes, medio empotrada en el antiguo muro despanzurrado, una máquina de Saint-Gilles, arruinada y estropeada, cuya hélice retorcida figura en el aire un monstruoso caracol antiluviano; las pizarras y los basaltos sin labrar, que dan á las arquivoltas perfiles de sierras y quijadas abiertas; gruesas dovelas ventradas que habian caído enteras, ó mejor dicho, habian quedado reclinadas en el flanco, como si se hubiesen fatigado de estar en pié; hé aquí el Rheinfels. Esto se vé por dos sueldos.

Parece que la tierra se haya estremecido debajo de esta ruina. Sin embargo, no es un temblor de tierra, es Napoleón que pasó por allí. En 1807 el emperador hizo volar el Rheinfels.

Extraña particularidad! Todo se ha desplomado, menos las cuatro paredes de la capilla. Se siente cierta emocion melancólica al atravesar ese lugar de paz, preservado únicamente en medio de esa espantosa ciudadela deshecha. En los alféizares de las ventanas se leen estas graves inscripciones, dos en cada ventana:

—*Sanctus Franciscus de Paula, vixit 1500.*  
—*Sanctus Franciscus, vixit 1526.*

—*Sanctus Dominicus, vixit...* (borrado).  
—*Sanctus Albertus, vixit 1292.*

—*Sanctus Norbertus, 1150. Sanctus Bernardus, 1139.*

—*Sanctus Bruno, 1115. Sanctus Benedictus, 1140.*

Hay otro nombre borrado; luego, despues de haber remontado así los siglos cristianos de aureola en aureola, se llega á estas tres líneas majestuosas:

—*Sanctus Basilius Magnus, episc. Cæsareæ Cappadoci, magister monachorum orientaliu, vixit anno 372.*

Al lado de Basilio el Grande, debajo de la misma puerta de la capilla, están escritos estos dos nombres:

—*Sanctus Antonius Magnus. Sanctus Paulus eremita.*

Esto es todo lo que la bomba y la mina respetaron.

Este castillo formidable, que se ha deruido al paso de Napoleón, se habia estremecido ante Luis XIV. La antigua *Gaceta de Francia*, que se imprimía en las oficinas de l'Adresse, en los entresuelos del Louvre, anuncia, con fecha 23 de Enero de 1693, que "el landgrave de Hesse-Cassel toma posesion de la ciudad de San Goar y del Rheinfels, á él cedidos por el landgrave Federico de Hesse, que se habia ido resueltamente á terminar sus días en Colonia". En su número siguiente, fecha 5 de Febrero, hace saber "que quinientos campesinos trabajan con los soldados en las fortificaciones del Rheinfels". Quince días despues proclama que "el conde de Thingen extiende cadenas y construye reductos en el Rhin". Por qué huye ese landgrave? ¿Por qué esos quinientos aldeanos que trabajan mezclados con los soldados? ¿Por qué esos reductos y esas cadenas extendidas con apresuramiento en la línea del Rhin? Es que Luis el Grande ha fruncido el entrecejo. La guerra de Alemania vá á comenzar de nuevo.

Hoy el Rheinfels, á la puerta del cual está todavía incrustada en la pared la corona ducal de los landgraves, esculpida en piedra arenisca roja, es la dependencia de una casa de labranza. Algunos majuelos vegetan allí y dos ó tres cabras pacen la yerba. Vista por la tarde toda la ruina, destacada en el fondo del cielo con sus ventanas abiertas, es de un efecto magnífico.

Subiendo el Rhin á una milla de San Goar (la milla prusiana, como la *legua* española, como la hora de camino turca, equivalen á dos leguas de Francia), se apercibe de repente, en la separacion de

dos montañas, una preciosa ciudad feudal, esparcida la mitad de ella por la orilla del Rhin, con antiguas calles como ya no vemos en París sino en las decoraciones de la Opera; catorce torres almenadas, más ó menos cubiertas de hiedra, y dos grandes iglesias de la más pura época gótica. Es Oberwesel, una de las ciudades del Rhin que han guarecido más. Las viejas murallas de Oberwesel están acribilladas de cañonazos y de agujeros de balas. Se pueden descifrar en ellas como en un palimpsesto las gruesas balas de cañon de los arzobispos de Tréveris, los fusiles vizcainos de Luis XIV y nuestra metralla revolucionaria. Hoy Oberwesel no es más que un viejo soldado que se ha hecho viñador. Su vino tinto es excelente.

Como casi todas las ciudades del Rhin, Oberwesel tiene sobre su montaña su castillo en ruinas, el Schœnberg, uno de los escombros más admirablemente deruidos que hay en Europa. Es en el Schœnberg donde habitaban en el siglo diez esas siete burlonas y crueles *señoritas* que se pueden ver hoy por las brechas de su castillo, cambiadas en siete rocas en mitad del río.

La excursión de San Goar á Oberwesel está llena de atractivos. El camino costea el Rhin, que allí se estrecha súbitamente y se angosta entre altas colinas. No se vé ninguna casa y casi ningún transeunte. El sitio está desierto, mudo y salvaje. Grandes bancos de pizarra medio carcomidos salen del río y cubren la ribera como montones de escamas gigantes. De vez en cuando se entrevé, medio oculta debajo de los espinos y los mimbres y como emboscada en la orilla del Rhin, una especie de inmensa araña formada por dos largas pértigas flexibles y encorvadas, cruzadas transversalmente, reunidas en su mitad y en su punto culminante por un grueso nudo atado á una palanca, y sumiendo sus cuatro puntas en el agua. Es una araña en efecto.

En esta soledad y en este silencio la palanca misteriosa á cada paso se bambolea y se vé al deforme animal levantarse lentamente, teniendo entre sus patas su tela, en medio de la cual salta y se tuerce un bello salmon de plata.

Después de haber hecho una de estas magníficas correrías que abren hasta en sus últimos rincones las cavernas profundas del estómago, se entra por la noche en San Goar, y se encuentra al extremo de una larga mesa, adornada por

intervalos de fumadores silenciosos, una de esas excelentes y familiares cenas alemanas en que los perdigones son más gordos que los pollos. Allí se repara el cuerpo perfectamente, sobre todo si se sabe uno plegar como el viajero Ulises á las costumbres de las naciones, y si se tiene el buen gusto de no escandalizarse por ciertos encuentros extravagantes que tienen lugar alguna vez en el mismo plato; por ejemplo, el de algun pato asado con mermelada de manzanas ó una cabeza de jabalí con un tarro de confituras. Al final de la cena una sonata mezclada de mosquetazos estalla de pronto por fuera. Se asoma uno apresuradamente á la ventana. Es el húsar francés que hace trabajar al eco de San Goar. El eco de San Goar no es menos maravilloso que el eco de Lurley. La cosa es admirable en efecto. Cada pistoletazo se convierte en un cañonazo en esta montaña. Cada armonía de la sonata se repite con una limpieza prodigiosa en la profundidad tenebrosa de los valles. Son sinfonías delicadas, exquisitas, veladas, debilitadas, ligeramente irónicas, que parecen mofarse de tí acariciándote. Como es imposible creer que esta grande montaña pesada y negra tenga tanto genio, al cabo de muy pocos instantes, que es lo que dura el engaño de la ilusión, el pensador más positivo jura desde luego que hay allá abajo, en esas sombras, entre aquella floresta fantástica, un sér sobrenatural y solitario, una hada cualquiera, una Titania que se divierte en parodiar deliciosamente las músicas humanas y en arrojar la mitad de una montaña por tierra cada vez que oye un disparo de fusil. Todo esto es á la vez espantoso y encantador. El efecto sería mucho más profundo todavía si se pudiese olvidar por un momento que se está en la ventana de una posada y que esta sensación extraordinaria se sirve como un plato de más en los postres. Pero todo pasa lo más naturalmente del mundo; terminada la operación, un mozo de la posada, teniendo en la mano un plato de estaño que presenta para recoger las ofrendas, dá la vuelta á la sala por el húsar, que permanece en un rincón por dignidad, y todo queda terminado. Cada cual se retira después de haber pagado su eco.

## CARTA XVIII.

### Bacharach.

Armonías de las viejas y de los tornos para hilar.—Bacharach.—Baratillo.—Las veletas y las torrecillas.—Los escrofulosos y las niñas bonitas.—El autor queda sumido en la admiración.—Una de las picardías que Sibo de Lorch hacia á los gnomos.—A ciudad severa, paisaje feroz.—El autor deja entrever su odio hácia las fachadas blancas con contraventanas verdes.—Llama espantoso lo que encuentra admirable.—¿Dónde diablos vá á alojarse una modista?—El autor se acuerda de lo que Teseo dice al león en el *Sueño de una noche de verano*.—El *Wildes Gefährt*.—Las gracias de Bacharach.—Cuatro palabras sobre Federico II.—Efecto que causa un viajero á las gentes de Bacharach.—Europa: la civilización y el siglo diez y nueve colgados de un clavo en un gabinete.—Síntomas graves.—Lo que era esa cosa alegre, bonita y encantadora que el autor tenía debajo de su ventana.—San Werner.

Lorch 23 de Agosto.

En este momento me hallo en las viejas ciudades más bellas, más honradas y más desconocidas del mundo. Habito interiores de Rembrandt con jaulas llenas de pájaros en las ventanas, linternas extravagantes en los techos, y en el rincón de las habitaciones escaleras de caracol que un rayo de sol escala lentamente. Una vieja y un torno para hilar, de piés torcidos, refunfunan en la sombra juntos y á cuál más y mejor.

He pasado tres días en Bacharach, especie de Corte de los Milagros, olvidada en la orilla del Rhin por el buen gusto volteriano, por la Revolución francesa, por las batallas de Luis XIV, por los cañonazos del 97 y de 1805, y por los arquitectos elegantes y prudentes que hacen casas en forma de cómodas y secreters. Bacharach es el más antiguo montón de habitaciones humanas que he visto en mi vida. Al lado de Bacharach, Oberwesel, San Goar y Andernach son calles de Rivoli y ciudades de Berge.

Bacharach es la antigua *Bacchi Ara*. Diríase que un gigante, prendero de antigüedades, queriendo tener tienda en el Rhin, tomó una montaña por escaparate y dispuso de alto abajo, con su gusto de gigante, una porción de curiosidades enormes. Esto comienza bajo el mismo Rhin. Hay allí, á flor de agua, una roca volcánica según unos, un dolmen celta según otros, un altar romano según los últimos, que se llama el *Ara Bacchi*. Después, á la orilla del río, dos ó tres viejos cascós de buques apolillados, cortados en dos pedazos y plantados de pié en tierra, que sirven de chozas á los pes-

cadores. Luego, detrás de las chozas, un cercado en otro tiempo almenado, apuntalado por cuatro torres cuadradas, las más desportilladas, las más ametralladas, las más ruinosas que se conocen. Después, junto al mismo cercado, donde las casas están horadadas de ventanas y galerías, y más allá, sobre el pié de la montaña, una indescriptible confusión de edificios de recreo, casuchas adornadas, torrecillas caprichosas, fachadas gibosas, tejados imposibles, cuya doble escalera tiene un cimbalillo extendido como un espárrago sobre cada una de sus gradas; pesadas vigas diseñando sobre algunas chozas delicados arabescos, graneros con volutas, balcones abiertos, chimeneas figurando tiaras y coronas, filosóficamente llenas de humo; veletas extravagantes, que no son tales veletas, sino letras mayúsculas de viejos manuscritos recortadas en el palastro con el sacabocados, que rechinan al soplo del viento. (Entre otras, he tenido encima de mi cabeza una R que pasaba toda la noche llamándose:—rrrr.)

En esta admirable confusión descuelga una plaza—una plaza torcida, formada por bloques de casas caídas del cielo al azar, que tiene más bahías, islotes, arrecifes y promontorios que un golfo de Noruega.—En un lado de esta plaza dos poliedros, compuestos de construcciones góticas, cuelgan desnivelados, gesticulando y teniéndose desvergonzadamente en pié contra toda geometría y todo equilibrio. Del otro lado una preciosa y rara iglesia romana, agujereada de un portal formado de losanjes, sobre el cual se yergue un alto campanario militar, ribeteado en el ábside por una galería de pequeñas arquivoltas con columnitas de mármol negro, é incrustada por todas partes de tumbas del Renacimiento como una caja de pedrerías. Por encima de la iglesia bizantina se vé, hácia la mitad de la colina, la ruina de otra iglesia del siglo quince, de piedra arenisca roja, sin puertas, sin techo y sin cristales, magnífico esqueleto que se perfila arrogante en el cielo. En fin, para coronamiento, en lo alto de la montaña, los escombros y los arranques de las pilastras cubiertos de hiedra de un scholss, el castillo de Stahlecc, residencia de los condes palatinos en el siglo doce. Todo esto es Bacharach.

Ese viejo pueblo-hada, donde hormigean los cuentos y las leyendas, está ocupado por una población de pintorescos habitantes, que todos, ancianos y jó-

venes, muchachos y abuelos, escrofulosos y niñas bonitas, tienen en la mirada, en el perfil y en el talante cierto aire del siglo trece.

Lo que no impide á las niñas ser muy bonitas, al contrario.

Del alto del scholss se abraza una vista inmensa, y se descubren por las aberturas de las montañas otros cinco castillos en ruinas; en la ribera izquierda, Furstemberg, Sonneck y Heimburg; al otro lado del río, al Oeste, se entrevé el vasto Gutenfels, saturado del recuerdo de Gustavo Adolfo; y hácia el Este, por encima de un valle, que es el fabuloso Wisperthal, en la cumbre de una colina, sobre una pequeña eminencia que le sirve de pedestal, ese manojito de negras torres que se asemeja á la antigua Bastilla de París; es la mansion inhospitalaria en la que Sibó de Lorch negaba abrir la puerta á los gnomos en las noches de tempestades.

Bacharach está situado en un paisaje feroz. Nubes pegadas casi siempre á sus altas ruinas, rocas abruptas, un agua salvaje, envuelven dignamente esa vieja ciudad severa, que ha sido romana, que ha sido del Bajo Imperio, que ha sido gótica, y que no quiere volverse moderna. Coincidencia notable! Una cintura de escollos, que la rodea por todas partes, impide abordarla á los buques de vapor y mantiene la civilización á cierta distancia.

Ningun toque discordante, ninguna fachada blanca con contraventanas verdes desarregla la austera armonía de este conjunto. Todo se auna allí, hasta ese nombre, *Bacharach*, que parece un antiguo grito de las bacanales acomodado para el *sábado*.

Debo decir, sin embargo, como historiador fiel, que he visto una modista instalada con sus lazos color de rosa y sus gorros blancos debajo de una descomunal ojiva completamente negra del siglo doce.

El Rhin muge soberbiamente alrededor de Bacharach. Parece que ama y guarda con orgullo su vieja ciudad. Dan ganas de gritarle: *¡Bien rugí lion!* A un tiro de arcabuz de la ciudad se precipita y arremolina en un embudo de rocas, imitando la espuma y el ruido del Océano. Este mal paso se llama el *Wildes Gefährt*. Es, sin embargo, á la vez mucho más espantoso y mucho menos peligroso que el Banck de San Goar.

Con todo, es preciso ir con piés de plomo con los abismos, etc.

Cuando el sol separa una nube y se asoma sonriendo por un claro del cielo, no hay nada más delicioso que Bacharach. Todas esas fachadas decrepitas y ceñudas se desarrugan y dilatan. Las sombras de las torrecillas y las veletas dibujan mil ángulos extravagantes. Las flores—allí hay flores por todas partes—se ponen en la ventana al mismo tiempo que las mujeres, y en todos los suelos aparecen, formando grupos alegres y apacibles, los niños y los viejos, calentándose juntamente al rayo del medio día—los viejos con esa pálida sonrisa que dice: *¡Es tarde!*; los niños con esa dulce mirada que dice: *¡Aun no es hora!*

En medio de este pueblo vá y viene y se pasea un sargento prusiano vestido de uniforme, con un aspecto que participa de perro y lobo.

A todo esto, sea espíritu del país, sea celos de Prusia, yo no he visto en los cuadros que cuelgan en las paredes de las posadas otro grande hombre que ese conquistador de perfil un poco rococo, esa especie de Napoleón Luis XV, verdadero héroe, verdadero pensador y verdadero príncipe además, que se llama Federico II.

En Bacharach un transeunte es un fenómeno. No solamente es extranjero, sino que es extraño. El viajero es mirado y seguido con ojos espantados. Esto contribuye á que, con excepción de algunos pobres pintores que caminan á pié, con el saco á la espalda, nadie se digne visitar la antigua capital repudiada de los condes palatinos, horrible agujero del cual se separan los dampfschiffs y que todas las crónicas del Rhin califican de *ciudad triste*.

Sin embargo, debo confesar también que en un gabinete vecino á mi habitación había una litografía representando á la EUROPA, es decir, dos bellas señoras escotadas y un guapo caballero con bigote, cantando alrededor de un piano, acompañados de este cuarteto juguetero, poco digno de Bacharach:

#### EUROPA.

Recibe de la Francia la Europa encantadora  
las leyes de su moda, efímera y fugaz;  
las artes, los placeres y el sexo que enamora,  
los cultos son queridos que en esta tierra hay.

La modista con sus lazos color de rosa, esta litografía y este cuarteto, son el alba del siglo diez y nueve que comienza á despuntar por Bacharach.

Yo tenía debajo de mi ventana todo un pequeño mundo feliz y encantador.

Era una especie de patio interior contiguo á la iglesia romana, desde el cual se puede subir por una escalera rápida de lava hasta las ruinas de la iglesia gótica. Allí jugaban todo el día, con las altas yerbas que les llegaban hasta la barba, tres chiquillos y dos niñas que zurraban á su gusto á los tres pequeños. Entre los cinco podían tener unos quince años. El césped, ligeramente ondulado en ciertos sitios, era tan espeso, que no se veía la tierra. Sobre este césped se erguían alegremente dos toldos de emparrado verdes, cargados de magníficos racimos. En medio de los pámpanos, dos maniqués para espantar á los pájaros, vestidos de Lubins, á la manera que en la Opera cómica, con pelucas en sus cabezas y cubiertas éstas con horribles tricornos, se esforzaban en infundir miedo á las avecillas, lo cual no impedía que abundasen sobre los racimos los verdones, los aguzanieves y las nevatiñas. En todos los rincones del jardincito, gavillas estrelladas de soles, rosas tempranas y reinas-margaritas se abrían como los ramos de fuegos artificiales. Alrededor de estas espesuras flotaba sin cesar una nieve viviente de mariposas blancas, á las cuales se mezclaban algunas plumas escapadas de un palomar vecino. Cada flor y cada racimo tenía por otra parte su nube de moscas de todos colores, que resplandecían á los rayos del sol. Las moscas zumbaban, los niños charlaban y los pájaros cantaban, y el zumbido de las moscas, la charla de los niños y el canto de los pájaros se destacaba sobre un arrullo continuo de palomas y de tórtolas.

La tarde de mi llegada, después de haber admirado hasta que llegó la noche ese delicioso jardín, la escalera de lava se ofreció á mi vista y me ocurrió el capricho de subir, iluminado por una bella claridad de estrellas, hasta las ruinas de la iglesia gótica, que estaba dedicada á San Werner, el cual fué martirizado en Oberwesel. Después de haber trepado los sesenta ú ochenta escalones sin tramos y sin barandilla, llegué á la plataforma tapizada de yerba, donde se arraiga poderosamente la hermosa nave desmantelada. Allí, mientras que la ciudad dormía en una sombra profunda debajo de mis piés, yo contemplaba el cielo y las ruinas disformes del castillo palatino á través del ventanaje negro de los cruceros y rosetones.

El viento suave de la noche encorvaba apenas las balluecas desecadas. De repente sentí que la tierra se desprendía y se hundía por bajo de donde yo estaba.

Bajé los ojos, y á la luz de las constelaciones reconocí que marchaba por encima de un foso recientemente excavado. Miré á mi alrededor; cruces negras con cabezas blancas de muerto surgían vagamente por todas partes. Entonces recordé las blandas ondulaciones del terreno de abajo. Confieso que en aquel momento no pude librarme de esa especie de estremecimiento que causa lo inesperado. Mi encantador jardincito lleno de niños, pájaros, palomas, mariposas, música, luz, vida y alegría, era un cementerio.

## CARTA XIX.

### Feuer! Feuer!

Cómo nos hemos despertado en Bacharach.—Cómo nos hemos despertado en Lorch.—La Escala del Diablo.—Gligen.—La hada Ave.—El caballero Heppius.—El autor vá á China.—El autor recomienda Lorch á los borrachos.—En qué consiste que una hoja de papel blanco se vuelve roja.—El autor abre su ventana.—Espantoso espectáculo que vé.—*Feuer! Feuer!*—Siluetas de gentes en camisa.—El autor sube al granero.—El espectáculo, de espantoso se convierte en magnífico.—El autor asiste á la más eterna de todas las luchas y al más antiguo de todos los combates.—Paisaje visto á través de esto.—Gran cosa llena de pequeñeces, como todas las grandes cosas.—Fuegos de viuda.—Ventanas que se abren y que se cierran.—Las llamas azules.—Las vigas que se bambolean.—El papel de flores.—Primera égloga: el Pastor que juega con la Pastora.—Segunda égloga: el Árbol que juega con el Fuego.—Los ingleses.—Los chiquillos.—La catástrofe.—Lo que queda de la cosa á las cuatro de la mañana.—Limpieza de los sirvientes.—Probidad de los campesinos.—Historia del inglés que cena, se acuesta y no se desazona.

### Lorch, Agosto.

En Bacharach, al llegar las doce de la noche, todo el mundo se acuesta, cierra los ojos, deja descansar las ideas que ha recogido durante el día, llega á ese instante en que se tiene á la vez alguna cosa de despierto y alguna cosa de dormido, en que el cuerpo fatigado reposa, en que el pensamiento porfía por trabajar aun, en que parece que el sueño se siente vivir y que la vida se siente dormir. De pronto un ruido se abre paso entre la sombra y llega hasta tí; un ruido singular, inexplicable, horrible; una especie de rugido de fiera, á la par amenazador y lastimero, que se mezcla al rumor del viento de la noche y que parece venir de ese alto cementerio situado encima de la ciudad, en el que has visto por la mañana las once gárgolas de piedra de la derruida iglesia de San Werner abrir la boca como si se preparasen á